Martín Goycoechea Menéndez

La noche antes

En medio de la calma de aquella noche de marzo, el mariscal revistaba su ejército. Como una vaga pincelada blanca se perfilaban las líneas de los cuerpos, prolongándose en la penumbra triste y suave, llena de rumores, en los cuales parecía desleírse toda la melancolía de las almas y de las cosas.

- ¡Soldados del 14! –**Dijo el mariscal-**. ¡Cuatro pasos al frente!

Y avanzaron quince hombres, semidesnudos, con el fusil terciado, la frente altiva. El guerrero los contempló un momento, y luego ordenó:

-¡Soldados del 43, a revistarse!

Cuatro hombres se destacaron de la línea. No quedaban más. Los cuatrocientos que faltaban al regimiento dormían el buen sueño de la calma infinita en el fondo de los esteros, bajo las ruinas de los pueblos, entre los fosos de las trincheras.

Aquellos cuatro hombres se perfilaban entre la noche, firmes, solemnes, rígidos.

-¡Soldados del 40, a la orden de revista! –**mandó aquel amo de pueblos.**

Y sólo le respondió la noche, con los vagos sollozos de la selva...

Rimas guaireñas

Santa Fe

Bajo la paja oscura de la ranchada,
junto a las llamas rojas de los fogones,
mientras el arpa suena casi velada
atisban a las hembras los mocetones.

En sus grandes oscuros brillantes ojos
se refleja la fuerza de sus pasiones;
parece que quisieran en sus antojos
zapatear sobre alfombras de corazones.

Las muchachas ocultan su seno fuerte
entre ramos de rosas y de alelíes,
y la carne bronceada, casta, se advierte
tras impalpables velos de ñandutíes.

Las caderas se enarcan entre la falda
hecha toda una espuma de albos encajes,
y las trenzas que caen sobre la espalda
parecen cintas negras sobre los trajes.

El arpista modula en su instrumento
un ritmo apasionado, suave, ligero;
en su nido de plumas lanza un lamento
el zorzal que soñaba sobre el alero.

Entre frases punzantes y carcajadas
van tomando sus puestos las tres parejas;
las mozas llevan flores anacaradas
y los hombres claveles tras las orejas.
—73→

Vuelan los largos ponchos en amplios giros
formando vastas combas al agitarse,
y se escucha que estallan hondos suspiros
cuando el mozo y la niña van a chocarse.

Las parejas saludan; marcan las notas
el compás pronto y recio del zapateado,
y los rostros expresan ansias ignotas,
dulces sueños y besos de enamorado.

El arpa lanza un largo postrer gemido;
se agitan bravamente las tres parejas,
y al terminar el valse han ya perdido 35
los mozos los claveles de sus orejas.

Y llevando las hembras de negros ojos
en sus brazos robustos los mocetones,
parece que quisieran en sus antojos
zapatear sobre alfombras de corazones. 40

—74→

Ñandutíes

Van cruzando las mozas por el camino
con sus faldas de nieve llenas de encajes;
y en sus crenchas prendidas como celajes
llevan blancos pimpollos de flor de espino.

Un jilguero modula su breve trino, 5
soñando en los lejanos, verdes mirajes;
y las mozas reciben sus blancos trajes
con rosas amarillas como oro fino.

Tras las largas pestañas muestran los ojos,
radiantes de alegrías, dulces antojos, 10
y los labios incendios son de rubíes.

Y parecen, marchando con leve paso,
las mozas, diez querubes que hacia el ocaso
volaran con sus alas de ñandutíes.

—75→

Palabras supremas

El viejo mar peinaba sus barbas venerables,

en los gruesos peñascos de lomos formidables,
en tanto que un enorme y ardiente pensamiento
a su espíritu hablaba con un extraño acento
de tempestad. El Mar piensa a rugidos, 5
sus palabras son siempre tremendos alaridos
que llevan en sus gamas de extrañas inflexiones
la métrica del trueno, la voz de los cañones,
la nota apocalíptica del insultante grito
del volcán, que escupiendo su lava al infinito 10
agita entre la noche que trémula se azora,
como un pendón flotante la llama de una aurora.
Su pensamiento estaba poblado de mutismo.
Si el amor y el cielo piensan en un instante mismo,
el cielo enciende todas sus leves luminarias 15
y es una idea ardiente la estrella solitaria
que traza entre la sombra su pálido miraje.
El océano pone su idea en el oleaje.
Por eso es que se alza, bravea y se agiganta.
Y en una sola onda suspira, ruega, canta; 20
por eso sobre el liquen que en pliegues se arrebuja
engarza nebulosa de fúlgidas burbujas
y que al venir la aurora en un divino escorzo
hace rugir su labio y hace crujir su torso.

El mar había visto surgir, cuando el Ocaso 25
pinta la nota roja de su candente raso,
sobre el escudo de oro del sol una figura
que remedaba un árbol, un monte, una altura.
—76→
La tarde, al contemplarla con sus pupilas graves,
vistiose de crepúsculo, hizo callar sus aves 30
y en el zafir profundo marcó sus breves huellas
el paso dolorido que llevan las estrellas.
El Mar se embriagaba de luz. Su borrachera
de sol, llenaba todo su ser de primavera.
Estaba todo lleno de fecundidad. Rugía 35
como una enorme bestia, de amor ante su cría.
Todo en él era fuerte, soberbio, omnipotente,
su bíceps sin medida se hinchaba fuertemente,
y abofeteaba playas y deshacía riscos
para cubrirlos luego de nácar y mariscos. 40

El Mar ante la efigie plegó su grave labio
y calló. Era un silencio profundamente sabio
el del océano. Era el silencio de las meditaciones
poblado de misterios, de sueños, de visiones,
en medio de la sangre llameante del Ocaso 45
aquella efigie alzaba su gigantesco brazo;

entre sus labios llenos de raros esplendores,
crispábase la angustia de todos los dolores,
gustábanse las hieles de todas las angustias;
y sobre su cabeza palidecían mustias 50
las vastas nebulosas en cuyas albas crestas,
trazaban sus meteoros sus incendiarias gestas.
De pronto, el Mar herido lanzó un rabioso grito
llenando con su acento bravío el Infinito.
Aquel hombre tenía en su pupila el rayo 55 55
y su pupila estaba fija sobre el Mar.
Hendió su cayo
soberbio el oceano en la revuelta hondura
alzose hacia el espacio hirviente de bravura
escupiendo su rabia sobre el Cielo y el Mundo.
Era aquél un instante de silencio profundo, 60
temblando en sus engastes los astros contemplaban
aquel raro combate. Sus ojos se entornaban
preñados de horror. Y el Mar cayó vencido
—77→
ahogando su rabia en un leve gemido

Bajo la línea enorme de aquel ideal abrazo 65
todo se perfilaba como un Apocalipsis;
los astros tambaleantes marchaban por la elipsis;
algún planeta herido con cien tajos profundos
rugía en la agonía suprema de los mundos
y en medio de sus cascos flotaban como versos 70
las angustias supremas de todo un universo.
A los pies de la efigie la humanidad pasaba
en un vuelco sin fin. El Mar absorto espiaba
con su pupila azul llena de horrores
aquel raro desfile de lacras y dolores. 75
Y con un eco impetuoso de tempestades lleno
aquel hombre así habló:
Yo soy la luz y el trueno;
soy el primer arpegio, soy el postrer vagido;
el rayo es mi pupila; mi voz el alarido 80
que rueda sobre el caos de un mundo agonizante;
yo soy el astro fijo y el meteorito errante;
soy fuego entre la nube, capullo de oro ardiente;
soy alba en el levante y ocaso en el poniente;
yo hago del silencio la suprema elocuencia; 85
y el peso de los orbes sostengo con mi ciencia;
color soy en el iris, esencia en las violetas;
mi cuerpo es la gran lira que pulsan los poetas.

El Mar estaba mudo, suspenso de aquel grito
continuo que partía de ese labio infinito. 90

Escuchaba transido, hirviente de emociones
-sus olas parecían gigantes corazones-,
estaba meditando, hablando con sí mismo
-su oído era la curva gigante del abismo-;
la efigie proseguía:
Yo soy como una llama
la púrpura y el oro de su candente gama;
—78→
Son grandes los colores de mi ardiente bandera;
soy nieve en los inviernos, sonrisa en primavera;
yo soy como los ritmos de todos los poemas;
yo soy el rayo fuerte que hace sangrar las gemas;
las mieses se fecundan al calor de mi pecho;
de besos y tormentas todo mi ser fue hecho;
mi alma es el espacio, mi sien el firmamento;
cuando hablo todo nace al soplo de mi acento;
los surcos de mi sangre son rastros de cometas;
el huracán me anuncia con sus cien mil trompetas;
¡por eso es que mi frente de luz y de tormenta
la potencia de un orbe como una flor sustenta!

Los labios de aquel Hombre de golpe se cerraron;
sobre él en ese instante los astros reflejaron
sus tenues esplendores. Y un enorme lucero
fue a sellar en sus labios ese acento postrero.

El Mar hinchó su lomo soberbio, infinito,
abrió su enorme boca y en un sublime grito
que desgarró las tocas nupciales de la bruma
y desflocó los rizos ducales de la espuma,
con un acento extraño y un ademán no visto
llenó todos los mundos con esta frase:
-¡Cristo!

Sobre la noche viuda que trémula venía
fundiose aquella sombra como el oro de un día,
en tanto que a lo lejos mostraban los volcanes,
como gigantes fraguas, sus ojos de titanes.

—79→

Obsequio de boda

La secular pobreza que asedia a los poetas

hace que sólo ofrezca un ramo de violetas
a vuestra grácil novia, pues en cuestión de amores
una epopeya ha sido siempre un ramo de flores.

Vuestra novia es graciosa y muy dulce y muy bella; 5
lo galante sería ofrendarle una estrella
o un cordero blanco con grandes moños rosas,
o sobre una azucena un par de mariposas.

Y en su defecto, fuera un obsequio cumplido
dos tórtolas albísimas sobre el plumón de un nido, 10
mas, como enviaros eso no puedo, por mis penas,

aunque haya mariposas, estrellas y azucenas,
luciendo una sonrisa, va el ramo de violetas
como la pobre ofrenda que usamos los poetas.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes

Súmese como **voluntario** o **donante** , para promover el crecimiento y la difusión de la **Biblioteca Virtual Universal** www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **enlace**. www.biblioteca.org.ar/comentario

editorial del cardo